

FORO

Sociedad civil, gobierno, empresa. Alianza necesaria para la reactivación

Medellín, marzo 21 de 2024

1

Señoras y Señores:

Gracias a todos ustedes por su presencia aquí. Gracias a la EIA por invitarnos a ser parte de esta iniciativa de diálogo orientado hacia el propósito común de construir país, estimulando su actividad económica.

Este Foro es una invitación, un aporte y, por qué no, un clamor a la constitución de un triángulo virtuoso entre sociedad civil, gobierno y empresa en este país. Es una convocatoria para que juntos hagamos realidad el sueño común de acopiar recursos humanos, económicos y técnicos para generar oportunidades que estimulen la economía y la socialización de bienes y servicios para la población de este país, que pretende distinguirse por ser una potencia de la vida.

Hablo de un triángulo virtuoso entre sociedad civil, gobierno y empresa porque se trata de establecer vínculos que construyan bien común o un bien más general, que aquel que cada sector podría alcanzar de manera solitaria o, peor aún, gastando parte de

sus energías en combatir los demás sectores. Es urgente sumar esfuerzos, conciliar intereses y establecer pactos, para que cada sector, desde el ángulo que le corresponde, haga lo suyo, reconociendo, aceptando y respetando los aportes de los demás, pero también acogiendo los límites que debe tener su accionar para alcanzar un bien colectivo.

En el logro de este propósito hay que tener como punto de partida dos realidades esencialmente vinculadas, aún pendientes en la sociedad colombiana: de un lado, **el reconocimiento de la igual dignidad de todas las personas y, de otro lado, la primacía del bien común que hoy incluye el equilibrio ecológico.**

Cualquier esfuerzo para lograr la construcción del mencionado triángulo virtuoso no debe perder de vista dos aspectos importantes de nuestra realidad nacional:

En Primer lugar, el **desarrollo inequitativo que atraviesa el país y que es visible en personas, ciudades, regiones y sectores sociales.** Muchos de nuestros “centros” urbanos, su infraestructura, sus centros educativos, empresas e instituciones, están a la altura, o más, de muchas de la misma naturaleza, en países del primer mundo, mientras que en nuestras periferias se evidencia una pobreza que éticamente genera indignación.

En segundo lugar, debemos reconocer los avances alcanzados en términos de participación social, desarrollo económico y consolidación de instituciones. Muchos de ellos se han logrado gracias a la colaboración y a las alianzas establecidas. Por todos lados, hay buenas experiencias de las que hay mucho que aprender. No reconocerlas representa un costoso peligro de repetir errores o no aprovechar aciertos del pasado.

El Centro de Fe y Culturas, institución que tiene como propósito superior, contribuir desde la espiritualidad y la perspectiva ética a promover el desarrollo social, la convivencia pacífica y el cuidado del medio ambiente, quiere proponerles que, a las perspectivas y propuestas que se debatirán aquí, y las que esperamos se pongan en marcha más allá de este recinto, se le incorporen **preguntas de naturaleza ética y, especialmente, desde la ética del cuidado.**

Esta perspectiva puede ayudar a cada uno, y a cada sector, sea gobierno, empresa o sociedad civil a bajarse de la nube, a dejar de creer que sólo él tiene la razón, la verdad revelada y la solución a los problemas que enfrentamos. Todos estamos amenazados si no cuidamos unos de otros y para ello es necesario trabajar en común. Urge tener una mirada diferente y no ver al otro como enemigo, sino como alguien que tiene otro ángulo de la realidad que nos enriquece. No temamos romper los muros de la polarización o de las visiones ideológicas en las que, lamentablemente, se

absolutizan los puntos de vista. Por sentido ético, busquemos el bien común y aún, el bien mayor. Tengamos el valor de migrar de posiciones extremas y radicales, a posiciones que reconocen los claroscuros de una realidad que es sin duda muy compleja.

La ética del cuidado, se refiere al cuidado **de sí**, al cuidado **del otro** y al cuidado de **lo otro**.

En primer lugar, **el cuidado de sí** permite tomar consciencia que vivimos en un entorno infectado de mensajes incendiarios, amenazas y discursos con verdades a medias o aparentes, cargados de estigmatización que suscitan división social. El cuidado de sí significa someter a la crítica lo que se recibe para evitar convertirse en un emisor de mensajes nocivos o en promotor de acciones destructivas, que terminen deteriorando el sentido de lo humano y de su dignidad.

El cuidado de sí es un llamado a no abdicar de la propia consciencia, la propia reflexión, la autocrítica y el análisis; incluso, a desarrollar una interioridad que permita discernir las emociones y las ideas que se están anidando en la mente y el corazón. Por ello es necesario examinar si ellas dan cabida al odio o al resentimiento; si ellas nos hacen incapaces de reconocer al otro y de dialogar con él; si nos esforzamos en gestionar los desacuerdos, en construir pactos y en abrirnos a la colaboración, actitudes que disminuirían

la conflictividad y nos harían avanzar como colectividad social. Recordemos que *de la abundancia del corazón habla la boca*¹.

En segundo lugar, el **cuidado del otro implica hoy dos aspectos: ante todo** atender lo que hoy podríamos llamar una segunda pandemia que afecta profundamente la población: su salud mental, puesto que la angustia, la falta de confianza en el futuro y la inestabilidad emocional proliferan. Instituciones como la familia, la escuela, las empresas, las iglesias y el Estado mismo, que son instituciones que tienen la vocación de brindar seguridad, oportunidades, futuro estable y cultura ciudadana, están pasando de ser lugares de convivencia y cuidado mutuo a espacios hostiles y hasta peligrosos, especialmente para los jóvenes. Si la sociedad no presta atención a esto, como tema crucial, todas las actividades se verán afectadas incluida la economía.

El cuidado del otro significa también que no debería existir pobreza extrema en ningún lugar del territorio colombiano y que cada ciudadano debería contar con un mínimo de recursos a disposición para desarrollar un proyecto de vida digna. Se trata de empeñarnos más decididamente por alcanzar la realización del Título II de nuestra Constitución Política (De los derechos, las garantías y los deberes) desde la más lejana ribera de uno de nuestros ríos hasta cualquier calle de un barrio de nuestras ciudades. Esta utopía

¹ - Cf. Evangelio de Lucas 6: 45.

debería hacer parte de los propósitos y fines perseguibles también por la economía.

En tercer lugar, el **cuidado de lo otro**, significa **el cuidado del medio social**, de la institucionalidad pública que, aunque tenga muchos problemas, representa un bien construido por la sociedad a lo largo de muchas generaciones.

A este respecto el Papa Francisco en diversas intervenciones ha venido insistiendo en la necesidad de desarrollar en las sociedades humanas una acción política que sea buena. Esto significa una política libre de engaños, manipulaciones, autoritarismos y de corrupción. Una política capaz de romper los egoísmos sociales, de estimular la amistad social y el servicio del verdadero bien común. *(Frattelli Tutti, n. 103-105).*

Política entendida en su acepción más original, como el conjunto de acciones y posiciones que cada ciudadano realiza en bien de la “polis”, es decir, de la sociedad, superando la visión que concibe la política como el oficio de los políticos de carrera. Hacer buena educación ciudadana, elegir con responsabilidad, vigilar la gestión gubernamental y cuidar los bienes públicos, son deberes que resultan de enorme utilidad y urgencia para el funcionamiento de una economía vibrante y ética al mismo tiempo.

En los tiempos que corren, una buena política exige el cuidado de la calidad del debate público. No podemos seguir transitando la vía del insulto, la agresión y el irrespeto. Apelar a las mentiras, las falacias, los reduccionismos malintencionados es condenarnos al fracaso como sociedad. Para ello las redes sociales se han vuelto un canal de primer orden. Recuperar el valor del debate respetuoso, sin pretensiones de homogenización, pero permitiendo que las distintas voces puedan expresarse en libertad es lo que a todos mejor conviene. La sociedad toda y por supuesto la economía, se enriquecen con un debate público de calidad.

El cuidado de **lo otro** implica también el **cuidado del medio natural**. Esta dimensión no podemos sacarla de nuestro esquema de deberes éticos. Las decisiones económicas deberían también pasarse por un análisis crítico capaz de evidenciar las repercusiones ambientales, en el corto y largo plazo.

Estos planteamientos riñen, sin duda, con la percepción de que la ganancia económica, es decir, el ánimo de lucro, es el principio fundamental de la vida. Riñen con la percepción de que sólo un gobierno autoritario puede construir bien común; riñen con la percepción de que solo el Estado puede entregar el bienestar social y la calidad de vida a las personas. A todos nos urge una conciencia más amplia que integre preocupaciones que van más allá del interés grupal. Incorporaremos preguntas éticas a este debate y a

nuestras decisiones. No dejemos la dimensión ética de la vida recluida en el cuarto de las cosas inútiles, si no queremos generar males mayores a los que hoy queremos erradicar. Por el contrario, hagamos que la dimensión ética salte al día a día de todas nuestras esferas, incluida la economía, la forma de gobernar y el modo de generar conciencia ciudadana y participación social.

Nos corresponde **salir juntos de las tentaciones y abismos** que nos rondan para evitar un diálogo de sordos que nos llevará hacia un empobrecimiento generalizado, a un autoritarismo con rostro benefactor y a nuevas formas de inequidad y de iniquidad social.

La vía es el diálogo y los acuerdos en el horizonte de construir juntos una atmosfera que estimule el cuidado de personas, de las instituciones, de las actividades generadoras de riqueza, del ordenamiento jurídico y del bienestar social.

Esto lo alcanzaremos, solo y en la medida, que haya disposición, en cada persona, en cada organización y en cada institución, para confiar en el otro, para buscar formas de cooperación y generar alianzas en las que se concilien intereses, en un espíritu de mutuo apoyo y estímulo.

Muchas gracias.

Gabriel Ignacio Rodríguez, sj
Centro de Fe y Culturas - Medellín.